

EL BARROCO EN UNA BOLSA DE PATATAS FRITAS

"He aquí la fórmula de nuestra felicidad:
un sí, un no, una línea recta, una meta."

Friedrich Nietzsche; El Anticristo. Maldición del Cristianismo.

Quién se esfuerce en buscar lo sublime mirando al mar lo encontrará. Los hoteles no vierten sus despojos demasiado lejos de la playa y el látex, arrastrado por las mareas, busca sus mausoleos guiado por una inteligencia polimérica, que es absolutamente ajena a los descuidados movimientos de los bronceados bañistas.

Ahora que los contenedores de escombros se han convertido en ataúdes, ha llegado el momento de entender que el espacio es, precisamente, lo que parece.

El horror vacui continúa, como siempre, anidado en los templos. Se gestó en las trenzas de las mujeres y en las catedrales y ha encontrado su acomodo definitivo en los centros comerciales, los campos de fútbol y los santuarios costeros atestados de peregrinos hedonistas adoradores del sol.

Por suerte, hemos dejado ya de beber relámpagos. Cuando las imágenes se olvidaron de contarnos historias para convertirse en puñetazos, marcados definitivamente por ellas, nos dimos cuenta de que había empezado una larga guerra.

Hace ya mucho tiempo que los espacios viajaron desde los paisajes hacia los hombres y aunque ahora buscan refugio en las memorias de silicio, todavía somos poseedores de espacios propios. Alguien pensó que la Antártica se había escondido en antiguas fotos pero algunos intrépidos la descubrieron pegada al muro de un descampado. El único problema es que para entonces, la Antártica nos dejaba realmente fríos, pues cansados ya de contemplar, nos hemos dado cuenta de que no somos como esos sacerdotes portadores de peinetas con forma de interrogante. Nosotros somos distintos, somos una raza nueva. Ahora sabemos que hemos sido creados para interpretar; para descifrar los códigos que nos rodean y nos dedicamos a ello sin perder ni el tiempo ni el humor.

Los domingos vamos al templo, eso sí, pero no regresamos a casa con las manos vacías. Nuestra ofrenda es nuestro trabajo, pero, a cambio, somos recompensados con muebles que tenemos que armar siguiendo, paso a paso, las instrucciones marcadas. Inexorablemente, hemos aprendido a bailar al son de los émbolos y los engranajes. Es cierto, no nos alimentamos de tormentas, pues hoy están llenas de opacos relámpagos; las tormentas han muerto y nosotros comemos nuestras presas crudas. Ya la carne seca no volverá a llenar nuestras despensas. En su lugar tenemos jaulas llenas de vida y la ingerimos joven, antes de que se anquilese y se ponga correosa.

La piedra roseta se nos ha quedado corta y, no nos contentamos con observar gestos y facciones. Nosotros entramos en el supermercado de forma reverente, sabedores de que los mensajes que buscamos se encuentran encriptados en las estanterías. El barroco está en las bolsas de patatas fritas y el tao en las bandejas de tomates, y si no vamos tanto a los museos es porque amamos el plástico y necesitamos tocarlo, poseerlo y descifrarlo.

Por eso, quién se acerque a las imágenes de Carlos Maciá encontrará en ellas un vitalismo muy cercano. Una manera de distribuir la forma, el espacio y la luz que tiene algo de familiar. Y es que Carlos descifra los códigos que le rodean sin estridencias, ni artificios; de manera pausada pero certera y nos ofrece, en definitiva, un universo que es tan suyo, como nuestro. Porque ha llegado ya el momento de dejar de alimentarnos de tormentas muertas y empezar a devorar la vida mientras aún sea joven.

Madrid, 3 de Diciembre de 2003
Carlos Martín Carín.